

**Quijote II, Capítulos LV-LX
(A partir del Comentario Rico)**

Giuseppe Grilli
(Università di Roma Tre)

La edición al cuidado de Francisco Rico del *Quijote*¹ permite sondeos distintos, múltiples, y, en este sentido, es una obra profundamente innovadora. Una de las características que la hace diferente de todas las anteriores, es que los comentarios no son fruto de un solo ingenio, o a lo máximo de dos², sino que es producto ofrecido por una amplia selección de comentaristas de sendos capítulos, cada uno elegido con un criterio más o menos objetivo y representativo. Aquí también, donde lo que elegimos es un nuevo acercamiento a la *Segunda Parte*, o sea – en mi aserto – al libro de 1615, asumido como unidad autónoma y eje de nueva novela, y no simple continuación del *Primer Quijote*³, podemos usar de este instrumento para comparar y comprender distintos momentos de la obra, tradicionalmente interpretados bajo una mirada exclusiva y excluyente. Por tanto, lejos de practicar la aburrida selección de la bibliografía como premisa de la investigación que se intenta, remito al trabajo ya hecho, y almacenado en esta peculiar empresa editorial y crítica, sin especular sobre lo intencionado que es, sino dando por supuesto que lo sea. En las páginas que siguen ensayo la posibilidad de este enfoque a partir, pues, de un espécimen que elijo justamente en esta novedosa presentación del libro cervantino, poniendo énfasis en las lecturas recogidas en la edición de Rico. El resultado será – o por lo menos así se espera – el de acercarnos a una lectura múltiple, compleja, y quien sabe si contradictoria, es decir la lectura a la cual aspira todo escritor ambicioso, como seguramente lo fue Cervantes.

Asumo como referente un grupo de episodios donde descuellan opciones hermenéuticas muy diferenciadas. La sección que me interesa, y que adopto aquí y ahora, comprende cinco capítulos/episodios, aunque podría apuntar la orientación y la perspectiva dirigiéndome hacia otro bloque, tal vez consiguiendo resultados metodológicamente parecidos. Sin embargo, en este caso concreto se da una peculiaridad característica común a los capítulos que se integran en la sección y es que, diferentemente de como ocurre en otros momentos del libro, coinciden episodio y capítulo. Se trata de una peculiaridad que podríamos considerar, por lo menos en parte como extraordinaria. En verdad si hubiese escogido otra serie de cinco, o englobado una diversa y mayor extensión, creo que los resultados finales tampoco serían muy diferentes, o contradictorios con los que vamos a lograr, pero no tan evidentes. Ese conjunto resulta por tanto seleccionado un tanto al azar, aunque no de forma disparatada, o irracional, y lo ocupan los comentarios que en la obra se denominan *Lecturas del “Quijote”*;⁴ me detengo, como he adelantado, en los relativos a los capítulos LV/LX; los comentarios aludidos son cinco mini monografías, discretas y útiles por la variedad y discrepancia en métodos y enfoques críticos. Cada una de ellas abre espacios a nuevos posibles estudios, a partir de esas breves *mise au point* y de las sugerencias que, aunque con esa brevedad, despliegan, ya con su resumen y argumentación de los contenidos, ya con la selecta bibliografía que ahí se compendia. La sucesión de los comentaristas respectivos es la siguiente: Alfonso Rey, Domingo Yndurain, Monique Joly, Margherita Monreale, Isaías Lerner y finalmente Martín de Riquer. Resultan evidentes, en esta nómina, las actitudes generacionales, ideológicas e históricas que sitúan a los cinco estudiosos en muy distintos lugares del cervantismo. Por ello creo que puede resultar de interés confrontarlos en un

¹ Cervantes, 2004. Todas las citas del *Quijote* se refieren a esta edición.

² Cito al azar (aunque tampoco tanto) entre las singulares, las de Clemencín, de Rodríguez Marín y de Martín de Riquer; mientras, de las duales, piénsese en Schevill y Bonilla, Lerner y Sabor de Cortázar, o Sevilla y Reyes Hazas.

³ Grilli, 2007.

⁴ La selección de esta sección del libro que abre el segundo tomo de la edición (volumen complementario) es al cuidado de José Montero Reguera. Del mismo véase el libro monográfico *El “Quijote” y la crítica contemporánea*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1997.

divisorio fronterizo, decisivo en la novela, cuando se acaba – se está acabando – el macroepisodio, que se desarrolla en la Corte de los Duques, y que individualiza con su extensión, mayor que cualquier otro, el libro de 1615, pero todavía no ha empezado la vuelta hacia el desenlace y el final de la historia.⁵ Me refiero con esto a una parte del libro compacta, obviamente, y que quizás indique y exteriorice un nuevo y distinto macrotexto. Este comprende cinco capítulos de variada extensión y distinta temática, un conjunto intercalado entre la decisión de reemprender camino, tras el largo intervalo de los capítulos copados por las historias, aventuras y representaciones burlescas activados por un casual encuentro de la pareja constituida por don Quijote y Sancho con los Duques, y un ulterior, y sucesivo, fragmento de libro que marca el camino doble del final.⁶ No puedo evitar señalar que en ese tramo último del libro, en efecto, surge y se instala en la narración un nuevo protagonista esencial, heredero y sustituto de un don Quijote ya descalabrado en el trascurso de la *Segunda Parte* y especialmente en el trascurso de aquella larguísima estancia en la Corte, contradictoria con su naturaleza de *andante*. Y, siguiendo una línea sucesoria invertida, ya definida en el primer *Quijote*, este nuevo y novedoso personaje no es hijo, como en la serie de los Amadises, sino padre (o padrastro en la definición cervantina) del personaje. Entra en escena, o mejor dicho se incorpora directamente, el primerísimo autor del libro, Cervantes mismo. Un Cervantes que vuelve a escribir el libro ya escrito,⁷ el suyo, su “continuación” del volumen de 1605, cuya aparición es la clave de toda esa *Segunda Parte*, ya desde el exordio y que se ha mantenido firmemente en todas las aventuras hasta el definitivo encuentro que vamos a comentar.⁸ Tras su éxito apabullante en los años que sucedieron a la *príncipeps*, el anciano escritor volvió con la nueva entrega impulsado por distintas razones, y entre ellas seguramente cabe el propósito de amplificar lo ya pensado, y también replicar a otro libro, publicado por un contrincante que quería aprovecharse de su fortuna y, a la vez, pretendía denigrarle. De este contrincante, cuyo nombre fue sabido muy bien por Cervantes aunque resulte hoy todavía enigmático determinarlo con seguridad en la actualidad, debemos admitir que a pesar de los intentos de atribución se trata de un individuo oculto en un anonimato reacio a dejarse elucidar, casi peor que en el caso de autor de *Lazarillo*.⁹ Si para el autor de la protonovela picaresca pudo ser la censura social lo que impuso o cubrió la autoría, en el caso de Avellaneda la infamia era privada pero no menor, ya que el propósito era demasiado evidente y poco honrado.

En este trance peculiar del desarrollo de la novela, llegándose a un número tal vez emblemático (el 55), que es una mitad de un todo (50 sobre 100, 5 sobre 10), con añadido un suplemento que lo descuella, nos reencontramos con el protagonista símbolo de la obra, don Quijote, quien decide emprender otra salida, que sería la cuarta, si llegase a tener nombre. Descontento, insatisfecho o sencillamente no doblegado definitivamente en ese exilio palaciego, nuestro héroe monstruoso, o al menos imperfecto, decide emprender quizás otra “segunda parte”, puesto que en el libro de 1604 ya había apurado la medida de cuarto libros o partes. Sea como fuese, las motivaciones de modificar la tercera salida, de hecho, se han agotado y el desvío del camino destinado a alcanzar Aragón y ahí participar en las Justas de Zaragoza, aunque no fuesen sugeridas para desmentir la superchería de Avellaneda, tendrían ya poderosas razones para darse.

Me refiero, por tanto, a todo lo que ocurre a partir de concluirse ese complejo desarrollo de aventuras, fiestas, encuentros y desencuentros que giran alrededor del hallazgo, por parte de la Duquesa, de la pareja de los ya famosos don Quijote y Sancho Panza, extraños personajes a los que ella y su esposo piensan integrar en un sistema fundamentado en el ocio, la diversión y cierta

⁵ Ha hecho hincapié en este punto Godoy como señalo más adelante; véase Godoy Gallardo, 1999: 49-58.

⁶ La aplicación mecánica de los criterios de relación entre la fábula y los episodios confirmados por el primer *Quijote* son útiles si bien no del todo definitivo, sin una adaptación oportuna que ahora no viene a tono; en todo caso remito por una aproximación de propinuidad a Blasco, 1993: 19-40.

⁷ Solo en la fórmula lingüística se parece mi afirmación al libro de Rodríguez, 2003, que cabe integrar y matizar a partir de un librito, breve pero lleno de apuntes y precisiones importantes, de Pedraza, 2005. Es referencia obligada Rico, 2005 (véase la reseña de Canavaggio, 2007: 243-251).

⁸ Cf. Mancing, 2003: 117-40.

⁹ Remito para un estado de la cuestión a la reciente y valiosa edición al cuidado de Gómez Canseco, 2014.

aplicación maliciosa del poder a expensas de los débiles y humildes. No podemos pasar adelante sin referirnos aunque someramente a ello. Se trata de un conjunto que define y determina muy especialmente este libro de 1615 y que lo contrapone radicalmente al anterior, y que resulta ser generalmente aceptado por todos los críticos y estudiosos del *Quijote* como una sección especial y que goza cierta autonomía.¹⁰ En efecto con el desarrollo del entramado que solemos identificar con *La Corte de los Duques*, se construye un anti-*Quijote*, o a lo menos un libro alternativo con respeto al que se leyó diez años antes. Basten pocos indicios: don Quijote por primera (y última) vez en su vida dialoga con unos grandes de España quienes, sin embargo, hacen su aparición repentina, inesperada, casi evocados por unos de estos encantadores que el hidalgo saca a colación cuando la realidad de su condición misérrima revela que sus aventuras soñadas o imaginadas y proyectadas son una patraña, una patraña que es abandonada en el suelo, periódicamente, como ocasión fallida. Lo mismo acontece, además, cuando sus pretensiones pseudoliterarias fracasan y se quedan en la estacada, cual desengaño. El trance es especialmente comprometedor ya que estas están inspiradas en una actividad bien querida, esa lectura de primera, o más probablemente, de segunda mano, de la literatura de caballerías. Se trata justamente de lecciones que en cambio pudieron - o a lo menos hubieran podido o debido ser - ser muy certeramente pan habitual en la formación y pedagogía de esos mismos duques que ahora se detienen y distraen y que en cualquier circunstancia inspiraron a sus directos e inmediatos antepasados. Otro dato es que ellos, aunque sea para realizar una burla dilatada, manifiestan respeto, reverencia y acato hacia los dos desgraciados que forman la pareja que fue el resultado de la rara invención del libro de 1605;¹¹ y son esos mismo dos ridículos intérpretes de una vida sin rumbo que diferentemente fueron recibidos, con desigual consideración, por gente a menudo de condición muchísimo más baja en aquella relación que el primer *Quijote* despliega para regocijo del público lector y consuelo del editor y autor del volumen. El relativo acomodo que el Caballero del Verde Gabán esgrimió, por limitarnos a la *Segunda Parte*,¹² resulta artificioso y muy limitado a una finalidad inmediata: abrir los ojos de su hijo Lorenzo a una realidad que el joven rechaza, y que consiste en esa condición provinciana, que sin embargo es la que rige y sustenta su acomodo económico y social.¹³ Como veremos al final de estas notas, es el propio caballero-hidalgo quien está harto de este trato, hecho de respeto aparente y desprecio hacia los sirvientes, ya que a este estado colocan los Duques a don Quijote y Sancho, concebido éste último como apéndice de aquél. Por ello la situación se hace grotesca, antes que por responsabilidad de don Quijote, por la de sus huéspedes, que resultan incapaces de habérselas con alguien más serio que un pobre hidalgo rural, loco de remate y viejo. Y también se comprende la insatisfacción, que da a veces en ira de don Quijote al verse reducido a esa identidad escuderil de hidalgo menesteroso e inútil.¹⁴

¹⁰ La bibliografía es extensísima; aquí cito a mí mismo, ya que considero que tras el punto ahí resumido poco ha cambiado en el panorama hermenéutico (Cf. mi punto de vista Grilli, 1996: 41-62.) a la vez que confieso cierto retoque que voy a detallar a continuación sin desmentirme del todo.

¹¹ Aunque no de su autor, *La rara invención* es la fórmula que bien se ajusta a la trayectoria cervantina de Riley, 2001 es recopilación de estudios, pero muy coherente.

¹² Guillén, 1988, ha revelado el mayor valor y novedad de esos “tres capítulos centrados en el Caballero del Verde Gabán” en relación a la reforma de sistema al que se somete nada menos que la palabra: «Las palabras más que nada son réplicas o respuestas – a interrogación o al desafío que una persona halla en otra – y así van dirigida no al lector sino a una personaje singular de la secuencia».

¹³ En su momento concluía mi lectura del episodio con estas palabras: «Il senso principale, anche se non esclusivo, dell’episodio del Verde Gabán è, dunque, la celebrazione di un piacere dolce favorito da una casa silenziosa e tranquilla.»; hoy me gustaría ser más explícito. El Caballero se sirve de don Quijote, de su locura como de su cordura (fuera de los temas de caballerías) para un elogio del *otium* literario posible también en el apartamiento provinciano de un Agustín y no solo en el bullicio de su modelo, el *cives* Ovidio, imbuido de cultura helenística y sueño de Roma *caput mundi*, sueño imperial que trastoca a muchos en esa Madrid de los Felipes (véase la conexión gongorina que anoto infra). El título del trabajo de Samson, 2006: 557-562, promete más de lo que de hecho ofrece.

¹⁴ Sobre el particular remito al docto estudio de Serés, 2005: 637-685, y en especial de su conclusión: «los relatos caballerescos le ofrecían la visión quimérica, idealizada hasta el desatino, de un mundo en que un pequeño noble podía realizar las más estupendas hazañas, conformando la realidad de acuerdo con las virtudes y valores (justicia, heroísmo, amor, belleza...). Su ingeniosa figura o construcción imaginaria. Sobre la relación entre ingenio, furor y compensa,

La diferencia de darle tanto espacio y relevancia a este encuentro es cabal, por ser otra diferencia que refuerza la distancia, más allá de los diez años transcurridos entre las dos Partes. Pero un vínculo se mantiene, creo. Tal vez este difícil parentesco sea causa de que no se pongan, claramente, en relación de radical oposición los episodios de los Molinos de vientos con los del Entremés de los Duques. Lo que los distingue y los separa es todo, pero justamente ese todo permite la comparación. Si el caso de la primera aventura que marca el primer descalabro del hidalgo abusivo se ciñe a un solo capítulo, en cambio lo que se articula en 1615 es un abanico variado de episodios, que se desarrollan a lo largo de muchos capítulos y acaban por marginar notablemente al protagonista principal de la historia. Los fracasos de don Quijote en su mostrarse (y construirse, en realidad) en esta reinterpretación de 1615 no dependen particularmente de su desapego de la realidad, de sus insuficiencias culturales o materiales, de sus ilusiones genealógicas, de sus lecturas trastocadas. Ahora donde flaquea es en sus pretensiones de erguirse como figura alrededor de la cual gira la acción narrativa. Su problema no es el estar loco, ser el burlado, el ser juzgado como ridículo o inepto para el vivir social. Sus descalabros vienen de ser apartado del protagonismo, como nunca lo había estado antes. Su marginación en la *Primera Parte* como máximo había implicado el sueño que le sustrae y escamotea la novela del *Curioso impertinente*, tal vez por incompatible con su talante y cultura. A ese respecto no olvidemos nunca que el modelo de los libros de caballerías es el de la biografía de los caballeros,¹⁵ eslabón jamás olvidado o descuidado por Cervantes, que lo revalida también en ese grupo o macrotexto que estoy señalando e iré analizando a continuación, el grupo de capítulos LV/LX. Pero cuando los Duques miran a don Quijote y le hacen objeto de atención, aunque burlesca, con su fingida hospitalidad y acatamiento, le quitan el bastón de mando de su locura y se hacen ellos los locos mayores, entreteniéndose durante un largo intervalo narrativo con un loco, o mejor dicho, con un loco y medio, englobando a Sancho. El último eslabón de esta marginación, que se mantiene largo trecho e incluso desborda los límites muy anchos del conjunto se da con las intervenciones de Altisidora, que desplaza a don Quijote. Si aquel pretendido amador superlativo como héroe y caballero en Sierra Morena, y contrahecho y grotesco en la venta de Maritornes, todavía era valeroso en su contrahechura, ahora es reducido a un marginal – y algo indigno – objeto de requerimiento amoroso por parte de una doncella “desenvuelta”. No me detengo aquí en el comentario del atributo, considerándolo tangencial en mi argumento, pero señalo que a toda vista éste no tiene mucho que ver con un supuesto talante de promiscuidad erótica de la muchacha, incompatible con su estancia en la casa aristocrática, sino con su formación y competencia de comediante, ésta sí plausible y compatible. Si luego pueda o no haber suspicacias acerca de la moralidad de actores y actrices, es harina de otro costal y forma parte de la constante estratificación de los sentidos, siempre múltiple, variada y compuesta, que se da en el texto cervantino.

Pero miremos ahora de cerca estos capítulos que suceden a *La Corte de los Duques* y posiblemente nos iluminen con nueva luz a propósito de esta magna construcción narrativa inserta en la Segunda Parte y a la vez nos expliquen el cambio de rumbo que supone su abandono. En II, 55, casi en el medio, está un refrán “Todos los duelos con pan son buenos” que replica a II, 13, donde eran “menos”. El motivo del duelo nace en el capítulo siguiente justo cuando Sancho sale de la aventura de la Isla/Ínsula y está de regreso. Su caída en una sima merece atención. Alfonso Rey, quien toma el relieve de Soledad Carrasco (que se había encargado del episodio del morisco Ricote) se fija en los aspectos de mayor impacto narratológicos, valorando en el capítulo la puesta en evidencia sintética de “los rasgos más representativos de la técnica cervantina” (p. 207). El crítico subraya la novedad que ha implicado para el personaje el sufrir las burlas en la gobernación de la ínsula por parte de Sancho, quien ahora suspira por la ausencia de don Quijote.

además, una falta de realización que no ha logrado en su ámbito cotidiano; o viceversa: exterioriza y mantiene una alucinación, y el delirio se encarga de hacer perdurable la imagen ideal que no ha podido concretar por otros medios» (pp. 651-652). No todas las argumentaciones de Serés son afines a las mías, pero en este punto aprovecho de llenar su discurso, así como entre sus citas me parece especialmente atinada la de Weinrich, 1956: 148, a propósito del sentido correcto de entender la *gravitas* de fondo del personaje.

¹⁵ Véase para una referencia relativamente reciente Cátedra, 2007.

El capítulo siguiente (II, 56) lo interpreta Yndurain al revés y cae en la doble trampa: la del Duque a sus criados y huéspedes, organizando el falso desafío con el lacayo Tosilos, y la consiguiente de Cervantes al Duque y a todos. El II, 57 goza de la gracia hermenéutica de M. Joly quien insiste en el erotismo y la compuesta desenvoltura, aunque al final subraya dos elementos fundamentales: el verso y el posible ataque a la llaneza lopiana. Ambos veremos que viven el uno del otro, pero en las lecturas elegidas parecen distanciarse como polaridades opuestas, siendo complementarias, como veremos.

Discurso aparte merece el II, 58 debido a Margherita Morreale. La estudiosa, en actitud polémica, arremete en contra de las lecturas alusivas o ideológicas y defiende la literal, haciendo hincapié en unos temas cabales: el motivo santiaguista y el de los libros plúmbeos. Muy atenta e innovadora es la bibliografía, donde no se le escapan a Morreale ni Redondo ni Poggioli. Tampoco falta el Mazzocchi de la *Giornata cervantina* de Padova, ni el gran Unamuno con su pretendido espiritualismo. El II, 59 es de Lerner. El estudioso rememora que el marco es el de los libros de viaje o del viajero. Nada vana rememoración. Vida y literatura, como unidad indisoluble, que es otro rasgo general, aquí toma relieve. Tras recordar la entrada de Avellaneda, justo ahora y aquí, Lerner pone de relieve los juegos de lengua, esenciales para construir la novedad del libro. Con este talante, se comprende que la bibliografía le ha interesado poco, o sea ha sido seleccionada según su muy peculiar interés.

El II, 60 es de Riquer. Viejo carlista, el maestro insiste en el partidismo catalán (fenómeno europeo que relaciona nada menos que con los hugonotes); no se olvida de que por fin llega la sangre aquí, cosa nunca vista anteriormente en el libro y también le importa el tema de la mujer y su anhelo de libertad. (La bibliografía añadida no creo sea toda suya, aunque la fundamental sí que es suya).

Sigamos ahora paso a paso los capítulos seleccionados, según las guías señaladas para posiblemente comentarlas o reincidir en ellas. Sancho efectivamente entra en el capítulo LV como si fuera una aventura. Una aventura, sin embargo, por fin suya aunque mimética – sin quererlo de antemano – de otra que fue de don Quijote. Cae pues en una sima o caverna honda, como, proponiéndoselo en cambio, había hecho su dueño y señor al bajar a la cueva de Montesinos. La diferencia es notable como la semejanza. Sancho de hecho invoca la salida y por consiguiente la luz, sola ayuda posible ante la soledad del lugar y la falta de socorro. Y finalmente la encuentra, aunque no se cuida de ponerse a salvo sin darse ánimo e ingenio con el fin de salvar al rucio. Con esta compañía, ya en lo hondo de la noche oscura, había mantenido solidaridad en un diálogo para hacerse buena y recíproca sociedad bilateral. Se valora que el animal escucha atentamente el entrenamiento propuesto por su amo, y no le contesta palabra por “el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba”. Me parece digno de remarcar que en la aventura – tal como tal la reconoce Sancho y lamenta que no pueda gozarla quien gusta de estas cosas, es decir su don Quijote – se reproduce la relación señor/vasallo (o amo/criado) con lo que tiene a mano: su rucio. Tal vez Cervantes aquí desvela la inevitable contradicción que preside la condición humana frente a la realidad: la búsqueda de la solidaridad dialógica entre los seres vivos delante del peligro. Y, consecuencia de esta ineludible estructura caracterial del ser humano, y a pesar de lo inverosímil, resulta en la circunstancia aludida, que Sancho dé muestras de cultura, con cierta posible medida y prudencia, evidentemente. Por ejemplo cita el romancero: nada menos que el romancero de la *Pérdida de España* y del Rey Rodrigo, o la leyenda de los amores de Carlomagno y la princesa Galiana, sin olvidarse de dar en las citas del refranero, mejorando – pues se trata de materia que controla perfectamente – el refrán con el cual se había relacionado elocuentemente con su asno. En aquel darle de comer el *pan*, quien sabe si trabaja con reminiscencias del *Asno de Oro*, modelo de humanización preclara del cuadrúpedo. Corona este proceso el refrán “Bien vengas mal, si vienes solo” con que se cierra el círculo cultural abierto con “Todos los duelos...”. En realidad todo el capítulo precipita hacia este encuentro con ese climax que confiere a Sancho una compensación invertida de sus infortunios de gobernación y así le dignifica, como merece puesto que pronto va a identificarse y acompañar a don Quijote en su retirada y liberación del Castillo ducal. Naturalmente todo ello se coloca con agudeza franqueando sin romper

el decoro, es decir manteniéndose en el registro cómico. Léase este momento bello y sugerente de esa nueva desgracia de Sancho en su camino de regreso que, paradójicamente, cumple con su redención:

Destá manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vio Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó a lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto.

Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podía tener; y, sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dio a su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera:

-Todos los duelos con pan son buenos.

Inspirados en estos datos, que considero evidentes e inexcusables, cierto sector de la crítica ha ido más allá, quizás demasiado. Pensando en voz alta, se ha situado la caída en la caverna del regreso al Palacio, tras la experiencia “política” del gobierno de la Ínsula o estado esencial, con referencia a Platón y al conocido mito de las ideas primordiales. Esto implicaría una interpretación del desencanto sanchesco alejada del horizonte de espera del mismo. Porque si la naturaleza actoral del personaje, reforzada por su actuación truhanesca asumida de lleno en aquel macroepisodio de la Corte de los Duques, en pareja ahora ya semiprofesional con don Quijote, puede permitir que se exprese con reminiscencias vagas o adulteradas de elementos de la tradición popular y culta a la vez, también es cierto que impide – creo – una transformación honda de su visión del mundo. Ni es, ni puede ser Sancho, a la par que don Quijote, un hombre político, pues es falta de las dos condiciones imprescindibles para interpretar ese papel: la sangre, o linaje, y la formación específica, ser letrado. Ambas no sólo son los rasgos que se requieren en el Siglo de Oro, sino que en la línea de recuperación humanística, también lo eran en la antigüedad clásica, y certeramente en la visión aristocrática del platonismo griego. En este contexto se hace plausible el agotamiento de la experiencia, cuya salida se va ensayando la cual ya se va ensayando la salida.¹⁶

Justo en este trance, casi por simbiótica convergencia, se interrumpe la narración y nos hallamos por voluntad de Cide Hamete, con don Quijote, que por poco también se cae –por culpa de Rocinante – dentro de otra cueva sima o barranco donde sufren la imposibilidad de huir de ella unos desgraciados que se cayeron ahí. Pues es justamente sobre las voces verbales que se sustenta el contraste del episodio. ¿Quién está caído y desamparado en la gruta? Son Sancho y su rucio, pero cuando don Quijote interroga al que da grandes voces y alboroto pensando que se trata de gente difunta, esta contesta en plural (“respondieron”). Solo cuando queda aclarada la singularidad, sin embargo, don Quijote pide el necesario socorro en el castillo de los Duques, y el auxilio llega. Esa pluralidad de sujetos viene remarcada por el comentario de la voz narradora:

No parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó a rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

¹⁶ Para esto remito a mi libro en preparación *La cultura: esencia de la literatura áurea* que continúa y completa Grilli, 2013; una actitud parecida defiende también Javier Blasco en un trabajo importante, que volveré a citar más adelante sobre la implicación de Avellaneda con el *Quijote* de 1615, en donde se hace hincapié especialmente en el prólogo cervantino y el cuentecillo de los dos locos y el perro hinchado. Un retrato de Miguel de Cervantes en el *Quijote* de Avellaneda y la respuesta cervantina: los cuentos “de loco y de perro” en el prólogo del *Quijote* de 1615”, inserto en el libro de San José Lera, 2005: 95-118.

Los cariños de Sancho al rucio en realidad se repiten varias veces en el libro de 1615 y aquí en efecto replican lo ya afirmado en II, 53. Aquí se da una especie de anticipo de la modalidad de asumir al jumento como interlocutor directo y amigo. Frente a un ambiente que sin llegar a reconocer el propósito de la burla y la agresividad hostil y por el solo hecho de ser rústico y pobre, objeto de escarmiento por débil; Sancho siente como dañino y desolador el afecto dispensado al único ser vivo que puede asumir como inferior y por tanto proteger, es decir el rucio cosa que le conforma como persona y le confiere dignidad. Una dignidad marginal, nimia, deprimida, pero dignidad de colocarse por encima de otro definido como inferior. Con esto, de hecho, Sancho también desenmascara a don Quijote, otro desgraciado como él, que solo puede afirmarse algo (hidalgo) garantizado y amparando un ínfimo como el porquero/escudero.

Parte de la crítica, creo que acertadamente, ha puesto en relación estas manifestaciones de la *Segunda Parte* con el añadido del *Primer Quijote* relativo al hallazgo del rucio robado por Pasamonte¹⁷. Ahí además de replicar a los insultos de don Quijote tal vez dirigidos a ciertas ambigüedades sexuales de Ginesillo (“puto”, explicitación quizás de Paropillo), apostrofa amorosamente al asno a quien “besaba y acariciaba como fuese persona”, incluso con actitudes que resultan paralelas a las que Lope emplea para sus “mansos”. Por otra parte Sancho apostrofa al robador en términos muy parecidos a los que el pastor dirige al Mayoral extraño: “deja mi asno, deja mi regalo (...) y desampara lo que no es tuyo”. No se mal interprete pues el pasaje: ni Sancho ni don Quijote son alma caritativa y quieren bien a sus inferiores. Si han sido objeto de burla y ofensa (burla como ofensa) por parte de los aristócratas del Castillo, de sus lacayos, como de sus vasallos o masoveros de la Ínsula, no responden ellos a una distinta y opuesta moral, tolerante, progresista, humanitaria. Si están dispuestos, cuando pueden, a ser igualmente crueles, cínicos y odiosos. En el caso concreto de Sancho, sus muestras de afecto y cariños van encaminadas a degradar, para sacar en el acto aquel placer que un día será el de los *kapos* en los campos de exterminio. La otra cara de la violencia es aquí denunciada, la cara de un falso paternalismo, de una afirmación que sólo pretende reafirmar una graduación social que busca constantemente alguien a quien colocar en un renglón inferior, y con ello consolarles de los pocos o muchos que tiene sentados sobre su cabeza oprimiéndole con un imperio y un peso insoportable.

Los dos capítulos siguientes forman un jocoso intermedio como ha notado con agudeza Monique Joly en relación al segundo de ellos. Que ambos estén íntimamente imbricados, resulta comprobado por lo menos por dos elementos evidentes: su brevedad, que casi compone la extensión media de un único capítulo, su carácter eminentemente teatral. De hecho se componen respectivamente de alrededor 1831 y 1237 palabras cada uno, con un total de 3048 frente a las 2.664 del 55 y las 4187 del 58. Sin embargo, más allá de este cómputo mecánico, la naturaleza entremesil queda manifiesta ya al principio de 56 cuando se dispone el aparato en donde irá desarrollándose la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos. La prevención consiguiente es la de quitar los hierros a las lanzas, según lo prescribe el Concilio tridentino por mandamiento del Duque, quien sin embargo en esta fiesta popular (a la que acude una multitud de sumisos a su autoridad neofeudal) así reafirma su potestad. Que esta autoridad se manifieste con esas nimiedades y malgastando tiempo y dineros en burlas a un loco y a Sancho, su más que loco criado-acompañante mísero y mentecato en su estrechez de ingenio como de recursos, es harina de otro costal, que bien fue puesta en evidencia y demostrada con precisas noticias históricas por Augustin Redondo.¹⁸ Pero a mayor abundamiento léanse como se describen los actos preparatorios del espectáculo:

¹⁷ La atribución del *Quijote* en la continuación apócrifa a Alonso Fernández de Avellaneda ha dado lugar a un insistente debate; Martín de Riquer avanzó la propuesta de identificar el autor con Jerónimo de Pasamonte; actualmente Martín Jiménez ha insistido, con muchos argumentos, en la hipótesis con libros y artículos (solo recuerdo los mayores: Martín Jiménez, 2001 e Id., 2004; últimamente, él mismo ha publicado la *Autobiografía* que el personaje del Primer Quijote cita como propia en el diálogo que se da cuando don Quijote libera a los galeotes siendo él portavoz de todos ellos: Sánchez Ibáñez, 2015: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/vida-y-trabajos>).

¹⁸ *Otra manera de leer el Quijote...* cf. también mi estudio *La Corte de los Duques*, ya citado.

Llegado, pues, el temeroso día, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija, demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente, a ver la novedad de aquella batalla; que nunca otra tal no habían visto, ni oído decir en aquella tierra los que vivían ni los que habían muerto.

Confirma la misma naturaleza de la construcción entremesil el éxito del suceso. Su conclusión o salida ve pues la intervención, casi como se tratara de un *deus ex machina* o niño actor que baja de un trapezio vertical como en las representaciones del teatro ascensionista, típico de la teatralidad popular, como en el *Misteri d'Elx*, es decir del niño Amor con su carcaj de flechas.¹⁹ Este burlesco triunfo del sentir mitológico-cortesano se refleja en el comentario autorial que acota el texto espectacular con detalles muy ajustados:

Parece ser que, cuando estuvo mirando a su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida, y el niño ceguezuelo, a quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose a él bonitamente, sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte a parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Complemento de este desarrollo y conclusión del capítulo aludido es el prologuillo, en definición de Porqueras Mayo, del siguiente.²⁰ En efecto, y a pesar de haberse visto metido en una aventura de desafíos, o a lo menos en una justa en campo cerrado y en presencia de las máximas autoridades del lugar y amplia y alargada presencia de un público variado, don Quijote al principio de II, 57 manifiesta una rara decepción. De lo que se trata ahora, se arguye, o lo arguye su narrador omnisciente, es huir de la ociosidad. De las dos una: si tal ociosidad es un autoengaño del personaje, que quiere aquí escaparse de las garras de su narrador, el cual pronto se verá identificado en papel impreso, ello no excluye radicalmente que la rebelión al ocio aristocrático dependa de una crítica radical hacia una clase dirigente capaz de decepcionar incluso a un loco. Es decir en una jaula en donde se guarda su esencia. Abro aquí un paréntesis: se ha visto – no sin sobradas razones – en estas manifestaciones progresivas y anunciadoras del encuentro del personajes con su libro, caso que se delata y confirma en la visita en la imprenta de Barcelona, una réplica al artificio de Avellaneda.²¹ Es cierto; pero tal vez merece considerarse también esta novedad del personaje quien, anticipándose a Unamuno y Pirandello, afirma su libertad de construirse por sí mismo. No olvidemos que don Quijote es heredero de Amadís y Tirant, pero a la vez se pretende continuador de don Pero Niño o de Jaques

¹⁹ Ya Serés en el artículo citado, p. 641, pone en evidencia esta obcecación literaria («reforma la realidad, hace de ella una creación artística, pues en su delirio ingenioso le asiste la misma libertad que a los poetas, en tanto que consigue, imaginariamente, ir más allá de sus posibilidades reales»); no por nada el estudioso alega el ejemplo de II,26 y el destrozo de las marionetas de Maese Pedro, evidentemente un artifice (*poeta*) que opera paralelamente a don Quijote, quien en virtud de su honor (*gravitas*) está dispuesto a compensar el destrozo. Y podría sospecharse aquí una irónica alusión a la falta de parecida integridad de Avellanada.

²⁰ «Ya le pareció a don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como a caballero andante aquellos señores le hacían, y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los duques para partirse. Diéronsela, con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase». En realidad Porqueras no reconoce el íncipit como prologuillo, tal vez por parecerle demasiado inserto en el desarrollo narrativo sin apartarse de él para dar en una valoración literaria o estética. Sin embargo su aparte sobre el tema de la libertad (frente a ociosidad/encerramiento) sí que resulta –creo– ser una interferencia extra narrativa.

²¹ Véase ahora la edición al cuidado de Gómez Canseco, 2014.

de Lalaing, como bien puso de manifiesto Martín de Riquer en sus estudios.²² No consideramos casual, por tanto, que en el final de II, 58, y sobre el particular volveré más adelante, se evoque, o mejor dicho, el mismo don Quijote evoque, el difícil *Passo Honroso* de Quero de Quiñones, otro ejemplar de caballero auténtico, es decir histórico, que vivió y desplegó sus hazañas en el siglo XV, trasladándose algunas de ellas en la literatura, en el *Libro del Passo Honroso*.²³

Volviendo ahora a la lamentación quijotesca de la ociosidad sufrida en la estancia *apud* los Duques (una estancia eminentemente teatral como ya apunté hace años), quisiera insistir en el dato que sea precisamente esta clave la que define y determina el desarrollo de la segunda parte del interludio entremesil a que me he referido y que está puesto en el medio de ese bloque de LV/LX que estamos analizando. Como es bien sabido, esta sección está ocupada prácticamente de forma exclusiva por los versos recitados por Altisidora que glosan el dístico:

Cruel Virreno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

La glosa actualiza el sentido dúplice del dístico (referencia a la mitología, localización popular/populista). Don Quijote ahí resulta un nombre, un nombre ya conocido y reconocido para los oídos de un público mixto acostumbrado a los andares y recurrencias del romancero, de un romancero de síntesis en donde caben estrofas de mitos degradados de Diana y Venus, de robos supuestos y modernos (ligas y tocas), de celebraciones de localidades y ciudades donde campear costumbres apicaradas. Difícil no acordarse en esta versión invertida, y protagonizada por la doncella desenfadada, de una filigrana del mismísimo íncipit del libro de 1605, y concretamente del capítulo I, 3 cuando el hidalgo consigue la investidura burlesca del pícaro castellano y las dos mozas del partido.²⁴ Ya presenté mi interpretación de las dos mozas como indicación de una geografía moral (y económica) de las Españas de la época, identificándolas con dos ciudades de cierto renombre evocadas en medio del espacio semivacío de la Mancha. ¿Qué sentido puede tener, ahora y aquí, reescribir y, mejor dicho, re-construir esta filiación y jerarquización onomástica de lugares? Y, más concretamente, legítimamente nos interrogamos a propósito del valor que esto comporta en conexión con localizaciones mitográficas de amplia difusión. Yo creo que podemos conjeturar con este segundo intermedio un carácter definitivo del valor prologal de esta sección: en efecto con ella se abre hacia la novedad substancial de otro *Quijote*. Quizás el tercero, siendo así la segunda parte compuesta de dos partes a su vez, determinándose de ese modo como emanación del *Primer Quijote*, un segundo tomo apócrifo, un tercera entrega, auténtica y restauradora, y luego una cuarta sección, definitiva, donde se celebra la caída del héroe y el cierre de toda la historia. Esta sección en mi hipótesis se abre con un intermedio, los capítulos LV-LX que fueron objeto de los comentarios de donde hemos arrancado para localizar la muy original *dispositio*. Dentro de la definitiva extensión de la *Segunda Parte* que se desarrolla a partir de ahí, tal vez radique el sentido mayor del libro y su clave. Pues estamos ya decididamente en la recta final, la del Cervantes *de senectute*, el Cervantes que es también el del *Persiles*.²⁵ Un libro éste superficialmente inscrito en una moda literaria (la novela bizantina) y en una moda ideológica (la contrarreforma) abandonando la evidencia de que se escribe en contemporánea con la *Segunda Parte*.²⁶ En realidad la novela de *Persiles y Sigismunda* tras recorrer el mundo o gran parte de él, acaba sus días, es decir sus páginas, en la península italiana, la que se mete más profundamente en la entraña del *mare nostrum* y simboliza la resurrección de Troya en la empresa del invicto Eneas.²⁷ Quién sabe si montando así otra burla descomunal de la épica restaurada,

²² Remito a Riquer, 2014 (nueva edición corregida del volumen de 1970).

²³ Rodríguez de Lena, 2008 (ed. Facsímil del impreso de Sancha, 1790).

²⁴ Grilli, *Sobre el Primer Quijote*, cit.

²⁵ Grilli, 2015: 161-177.

²⁶ Remito al respeto al estudio de Miguel Alarcos Martínez que he comentado en *Rassegna Iberistica* (38, 103. 2015):115-122.

²⁷ Alarcos Martínez, 2014.

o por restaurar, en una ficción neoimperial ya con indicios sólidos a principio del siglo XVII y que – aunque no los verá Cervantes – se agudiza y desemboca en el fracaso de las ambiciones de Olivares.²⁸

En efecto, aunque con distintos perfiles, el capítulo siguiente, el que inicia esta tercera parte, si fuera sensata mi propuesta, es el II, 58 que con el II, 59 y el II, 60 cumple el cambio de rumbo.²⁹ Veamos su estructura primeramente. Don Quijote, libre ya de las contracciones de su exilio en los territorios de la potestad e imperio jurisdiccional de los Duques,³⁰ empieza lo que será su última aventura con un discurso sobre la libertad. Curiosamente no se ha reclamado, en la larguísima serie de las pervivencias del mito de don Quijote, a Collodi (Carlo Lorenzini) y concretamente su *Pinocho*. Sin embargo las peripecias del títere terminan imitando en su final la despedida de don Quijote, con el abandono del mundo del sueño que él mismo se ha fabricado. Autor de sí mismo, Pinocho, toma vida y se lanza a la aventura, coleccionando infortunios y fracasos en busca de una afirmación libertaria y con muchos atisbos del anarquismo y rebeldía de mismo escritor, por lo menos en su proyección inicial. Y lo consigue aprovechando un descuido ocioso del carpintero que se había metido a escultor en una pausa de su trabajo, nimio y de poca monta, como nimia y de poca monta fue la existencia del hidalgo manchego, escapado – según una leyenda reacia a morir – del *ingenio lego* de su creador.

Pero volvamos al tema principal del capítulo. Con su elogio de la libertad don Quijote se encamina por una senda que inexorablemente le habrá de llevar a la pérdida de la fantasía creativa. Como se ha notado, y comprobaremos ulteriormente, la fuente primaria de las elucubraciones o

²⁸ Todavía creo que estamos lejos de una recomposición global de la épica hispánica y su conexión con los libros de viajes, ya que faltan muchos de los estudios monográficos imprescindibles para la reconstrucción de conjunto; señalo entre las ediciones y estudios importantes Leonardo de Argensola, 1992; cf. también el estudio de Sánchez Pons, 2012: 81-102.

²⁹ Cf. Godoy Gallardo, art. cit.; el argumento del estudioso argentino es que el análisis de la unidad interna del capítulo conduce a registrar la unidad del capítulo como unidad del libro de 1615, ya que remite a un antes, la estancia en el palacio ducal, y un después, el re-conocimiento del *Quijote* apócrifo. La imagen de las «redes de hilo verde», en las que se había enredado don Quijote, simboliza el proceso.

³⁰ La puesta en tela de juicio, o más, de las redes de los poderes sigue y se ensancha ampliándose con referencias cultas en el capítulo LVIX cuando dos poderosos caballero, huéspedes de la venta en donde han encontrado amparo don Quijote y Sancho en un renovada solidaridad (remito a una discreta bibliografía (Calabrò, Riley, y también Ruta, etc. que está recogida en la edición de Rico, a la que remito por las referencias específicas), llaman a su mesa a don Quijote reconocido como personaje no solo del libro de 1605 sino de la gustosa (en su opinión) continuación de 1614. En verdad don Quijote, caballero apócrifo, abandonará a Sancho a su humilde comida para sentarse con los grandes: «Los dos caballeros pidieron a don Quijote se pasase a su estancia a cenar con ellos, que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fue comedido, condescendió con su demanda y cenó con ellos; quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado». *Imperio* es la palabra. La edición Rico en la nota complementaria la relaciona con el tratado de Gabriel Monterroso y Alvarado sobre *Pática civil y criminal* de 1571. La ironía se había hecha patente unas líneas arriba tras elogiar uno de los dos caballeros al Sancho de la continuación comparándolo al original al que el auténtico le contesta agrio «Dios se lo perdone -dijo Sancho-. Dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma». Cabría interrogarse acerca de por qué don Quijote abandona a Sancho y acepta la invitación de los caballeros (no se olvide que al principio del libro de 1615, concretamente en el capítulo dos, interroga a Sancho sobre la opinión de los caballeros del *lugar*, cf. mi análisis en Grilli, Giuseppe. 2012: 198-210. Puesto que no le seduce la comida, lo que le interesa es saber y conocer sus opiniones. No excluyo sea para permitir cierto éxito y ventaja dialéctica de Sancho frente a los dos “dominadores” sociales. De hecho, una vez terminada su cena, el propio Panza entra en el aposento elegidos por los señores y emite un sentencia que le califica crítico y para nada atemorizado por los caballeros:

Acabó de cenar Sancho, y, dejando hecho equis al ventero, se pasó a la estancia de su amo; y, en entrando, dijo:

-Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querría que, ya que me llama comilón, como vuestas [mercedes] dicen, no me llamase también borracho.

-Sí llama -dijo don Jerónimo-, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además, mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.

-Créame vuestas mercedes -dijo Sancho- que el Sancho y el don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho.

narraciones por Cervantes estriba en la necesidad de escaparse de la cárcel que limita la libertad del hombre. En efecto en una clave de humanismo positivo (que puede ser cristiano, como compatible con otras creencias), la libertad cancela contenidos, ya que éstos los realiza la fantasía. Difícil tarea es obviamente la de huir de ella, siendo la libertad un deseo antes que un arbitrio, o sea un delito. Leamos el argumento cervantino sin olvidar que, por paradoja, está en la boca de un loco:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquél a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!

La libertad fundamental a la que se alude resulta pues nada menos que la libertad que nos libera de la necesidad, esa libertad que había revelado, y divulgado, ya hace unos años, Lázaro en su autobiografía fingida. Y así lo entiende, premuroso y atento, Sancho, cuya qui jotización está ya cumpliéndose definitivamente tras haber asumido el riesgo del gobierno de la Ínsula. El dinero ganado, o mal ganado, ya que hasta ahora le ha ocultado el “don” a don Quijote, intuyendo ser galardón de la deshonra, y colocado muy cerca del corazón, es género confortativo antes de constituir un capital; pero es un confort efímero, capaz de resolver la ocasión, inútil para la historia. Otra vez el libro de entretenimiento “muy pensado” se asoma recordando el fracaso del monetarismo mercantilista que debió ser durante décadas una obsesión de tal tamaño que nadie con un mínimo de mollera podía escaparse de referirse a ello. Es un hecho que Cervantes acrecienta, como Lope o Góngora un tema de moda, pero nadie ni nada demuestra que sinceramente estuviese preocupado por la realidad económica de la época que le tocó vivir, absorbiendo la cultura que iba produciendo escritos varios, desde *El triunfo del oro* hasta *La perniciosa codicia de bienes*, pasando por *La conquista de las Molucas*, u otros muchos y distintos panfletos con mayor o menor substancia.

Sin embargo antes de entrar de lleno en las consecuencias de este planteamiento libertario, cosa que irá realizándose en el apartado principal del capítulo, el que se corresponde a la Fingida Arcadia, topan don Quijote y Sancho con un grupo de “una docenas de hombres vestidos de labradores”. El detalle tiene importancia pues justifica ciertos recursos críticos que no creo oportuno escamotear. Me refiero a lo que preocupó a Margherita Morreale y otros con su visión de las cosas, en reacción a las interpretaciones de Américo Castro en un sentido erasmista, o de sus seguidores todavía más atrevidos en querer dar al encuentro una lectura laicista en un sentido casi compatible con las actitudes de un librepensador. Parece evidente que la nota de ir esa gente, que enseguida se descubren portadores de la noble imaginería que tanta atracción tuvo (y tiene) en Andalucía, la nota que describe sus atuendos como de “labradores” se refiere muy concretamente a su condición de laicos (en el sentido de hombres cristianos pero sin pertenecer a ninguna orden religiosa, ni tampoco al clero secular).³¹ Es probable que Cervantes empiece con una *enumeratio* de santos sin intención irónica o, peor, sacrílega. Sin embargo este referirse a los santos creo deba relacionarse – en este punto del desarrollo de la novela de 1615 – con el primer capítulo del libro apócrifo de 1614, donde se lee un inciso:

³¹ Coincido aquí plenamente con Mazzocchi, 2000: 163-177. Sin embargo recuerdo también mi conclusión sobre un análisis comparativo del valor de los religiosos en el Tirant y el Quijote, cf. Grilli, 2014 (n.e. del libro Bari: Adriatica 1994): «il tratto piú enigmatico mi pare sia costituito dalla presenza insinuante degli ordini religiosi: amici da salvare per Tirant, gaglioffi da smascherare per Don Quijote, o soggetti da tenersene alla larga per Sancho, sono forse essi il lato che resta in ombra quando l'eroe volta pagina e cambia il libro della propria vita».

Sucedió, pues, en este tiempo, que un día de fiesta, después de comer, que hacía un calor excesivo, vino a visitarle Sancho Panza y, hallándole en su aposento leyendo el *Flos sanctorum*, le dijo:

—¿Qué hace, señor Quijada? ¿Cómo va?

—¡Oh Sancho —dijo don Quijote—, seas bien venido! Siéntate aquí un poco, que a fe que tenía hartos deseos de hablar contigo.

—¿Qué libro es ese —dijo Sancho— en que lee su mercé? ¿Es de algunas caballerías como aquellas en que nosotros anduvimos tan neciamente el otro año? Lea un poco, por su vida, a ver si hay algún escudero que medrase mejor que yo; que por vida de mi sayo que me costó la burla de la caballería más de veinte y seis reales, y mi buen rucio, que hurtó Ginesillo el buena boyas; y yo me quedo tras todo eso sin ser rey ni roque, si ya estas Carnestolendas no me hacen los muchachos rey de los gallos. En fin, todo mi trabajo ha sido hasta agora en vano.

—No leo — dijo don Quijote — en libro de caballerías, que no tengo alguno; pero leo en este *Flos sanctorum*, que es muy bueno.

—Y ¿quién fue ese *Flos Sanctorum*? — replicó Sancho —. ¿Fue rey o algún gigante de aquellos que se tornaron molinos ahora un año?

—Todavía, Sancho —dijo don Quijote—, eres necio y rudo. Este libro trata de las vidas de los santos, como de san Lorenzo, que fue asado; de san Bartolomé, que fue desollado; de santa Catalina, que fue pasada por la rueda de las navajas, y, asimismo, de todos los demás santos y mártires de todo el año. Siéntate, y leerte he la vida del santo que hoy, a veinte de agosto, celebra la Iglesia, que es san Bernardo.

Ya en este anticipo del que será el libro, se nota la voluntad de rectificación realista (o naturalista) de Avellaneda. Como se desprende de la crítica científica, es obvio ya para el lector anónimo, que quiso continuar el libro cervantino de 1605, que sería imposible que el hidalgo de lugar poseyera todos esos libros nombrados en el escrutinio. La cita del libro de santos pues sirve para hacerle confesar a don Quijote que no posee ninguno de esos libros a los que tanto se ha inspirado en sus empresas literarias. La réplica a Avellaneda que se hace obsesiva y reiterada a partir de la entrada en el tramo o recta final del libro de 1615, desenlace bien construido a partir del abandono de los Duques como hemos insistido, se hace no solo necesaria, sino útil para remarcar una visión totalmente contraria a la banalidad del imitador/impostor. Cervantes aquí insiste en un punto: es evidente que don Quijote no posee una biblioteca que apenas pudiera alcanzar un Grande de España, como el que acaba de abandonar en busca de la libertad, sino que al su dicho señor poco le habría aprovechado, si la tuviere. Cosa que en su simpleza Avellaneda ni siquiera imagina. O que en su adhesión despreciable al poder, jamás se atrevería a insinuar.³² Denunciar la falsedad de los sueños del hidalgo, sueños de grandeza caballeresca o literaria, y concretamente de caballeresca de papel, es crueldad que cualquier mal periodista o panfletista podía permitirse, sin que, como ya anotaba arriba, para nada implican o afectan la *gravitas* del personaje. Con razón, por tanto, Cervantes recrimina la pobreza intelectual de Avellaneda, que fue mal lector antes que mal escritor.

El orden del descubrimiento de las distintas imágenes y la colocación de San Pablo al final, cuando es presentado como cumbre de la *enumeratio* y *expositio* de las imágenes, puede tomarse como adhesión inequívoca a una idea que ya se está revalidando en la *lectio* ignaciana. La idea es que la caballería cristiana constituya otra posibilidad de desarrollar la sucesión ininterrumpida de los caballeros antiguos y modernos, además bien reforzada por varios elementos. Coherente con esta disposición considero el recuerdo de Escipión, héroe pronto al centro de los elogios humanísticos

³² Así Blasco en el trabajo antes citado (“Un retrato de Miguel de Cervantes en el Quijote de Avellaneda”) que sin embargo se apoya en una línea en donde recuerda a Iffland y a Gilman. O sea una línea en sintonía con aquel primer Castro de 1925 a quien tantos reparos y críticas mueve Morreale en su obra en general y también renueva en la mini monografía que hemos tomado a espécimen aquí. Véase ahora el importante y pormenorizado estudio de Martín Jiménez, 2014. <http://uvadoc.uva.es/browse?type=author&value=Universidad+de+Valladolid.+Facultad+de+Filosof%C3%ADa+y+Letras>

(piénsese en la difusión de la fama del *Somnium Cipionis*) que es un campeón oportuno y adecuado, pero no cabe descartar la referencia a Horacio. Menos lineal creo en cambio la referencia a aquel “¡Santiago y cierra España!”³³ que, puesta en boca de Sancho, asume connotaciones que de lo rústico está a punto de deslizarse hacia la herética potencial de tantas creencias y afirmaciones populares heredadas indirectas de aquellas corrientes mesiánicas y utopistas que periódicamente surcan una campiña hambrienta e infeliz. Pero no es este el punto, sino el que don Quijote, tal vez con el intento de remediarlo, lo hecha definitivamente a perder. Léase su respuesta a Sancho en la circunstancia:

(...) querría que vuestra merced me dijese qué es la causa por que dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: « ¡Santiago, y cierra, España!» ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla, o qué ceremonia es ésta?

-Simplicísimo eres, Sancho -respondió don Quijote-; y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y así, le invocan y llaman como a defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones; y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

Aquí abandona el discurso Sancho, y con él Cervantes. El criado, quizás porque ha sido educado en el ejercicio práctico desarrollado mientras don Quijote ha estado ocioso en el Palacio, se ha hartado de tantas disquisiciones y tanto medir el peso del cabello (ya lo había afirmado al comienzo de la plática: “para dar y tener, seso es menester”). Por ello desvía repentinamente el discurso y lo hace nada menos que dirigiéndose hacia un lugar radicalmente opuesto: el de los juegos de Altisidora. Sancho se hace cruces de cómo pudo enamorarse perdidamente la doncella de don Quijote, falto de atractivos físicos que justifiquen un súbito y extremado amor. Las dos réplicas del “señor”, que así lo define el criado-escudero, son ambas indicadoras de una visión completamente trastocada. El caballero apócrifo, a pesar de acabar de evaluarse con ejemplos preclaros, y confirmadores de los auténticos valores de los santos (caballeros) que podría/deberían ser guía para don Quijote, esgrime excusas y argumentos ilusorios y doblados. Véanse los ejemplos siguientes:

Advierte, Sancho -dijo don Quijote-, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte: que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusión que lástima.

Y luego a mayor abundamiento:

Advierte, Sancho -respondió don Quijote-, que hay dos maneras de hermosura: una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale a un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.

La firmeza de don Quijote es un elemento esencial para entender toda la construcción (paulatina) del final del libro. Hizo bien Márquez Villanueva en detectar el entramado de sombra pesimista en el

³³ Al respecto remito a las referencias coetáneas aducidas por M. Morreale, lectura citada: 215.

paralelismo entre Carrasco y Altisidora en confabular la derrota del Caballero, malogrado en vejez antes que en juventud; y también en eso tiene valor emblemático el gigantismo de sus nombres (Sansón, Altisidora). El gran crítico neocastriista tal vez dramatiza con demasiado celo para simbolizar a luz del día la falsedad de su nimia victoria, un triunfo paradójico e invertido cuando ve en ello «una agudizada conciencia de la cruda maldad humana».³⁴ Todo se verá mucho más claro dentro de pocas líneas en este mismo capítulo que comentamos. Al dialogo fingido sucede la fingida Arcadia. Y esta ficción resulta ser otra réplica (laica) de la teatralidad palaciega. La presentación y la circunstancia son de lo extremadamente inequívocas:

saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras; a lo menos, vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado, digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro. Traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol; los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas. La edad, al parecer, ni bajaba de los quince ni pasaba de los diez y ocho.

En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes, nos viniésemos a holgar a este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado. Ayer fue el primero día que aquí llegamos; tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles para engañar los simples pajarillos, que, ojeados con nuestro ruido, vinieren a dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortésmente; porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía.

Todo está así claro. Se va a dar otra representación, esta vez plenamente civil y profana. Diferente a la burla del desafío con Tosilos por parte de don Quijote, montada por los Duques, diferente a las burlas eróticas de Altisidora, también inspiradas desde el Palacio; lo que ahora se acopla es una representación urdida por gente de cierta categoría pero sin vínculos de nobleza. Gente que dispone de cierta cultura seria y aprendida (aunque no se diga dónde ni cómo). La descripción del bagaje no deja de lado ningún detalle o particular que pueda contradecir un escenario plausible e históricamente coherente. Es este el espectáculo que van a presenciar don Quijote y Sancho. Y se trata de una pieza que pronto los verá reconocidos y celebrados, pero no como locos y truhanes forzados según el programa de las fiestas palaciegas, sino como personajes literarios con pleno derecho a sentarse al lado de los ya mencionados, ahora en cambio integrados inspiradores de la representación inminente, es decir de eminencias como Garcilaso o Camões. Ahora empieza la obsesión de la obra impresa y que “yo he leído” que, con alternancias, va a durar hasta el final del libro. Condición novedosa a la cual se apunta de inmediato Sancho, casi con mejor impulso y atracción que con el sueño apenas caído de la Ínsula:

Así es la verdad -dijo Sancho-: que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuestra merced dice, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha historiado y referido.

Resulta interesante notar que don Quijote y Sancho, libres ya de las jaulas del Palacio, puedan replicar el ceremonial caballeresco-entremesil con una libertad nueva, que nos devuelve a una interpretación

³⁴ Márquez Villanueva, 1995: 337.

más auténtica de la misma tradición. Se ve esto claramente en II, 58 cuando la afluencia del público viene a ser espontánea y no mediada por la autoridad del feudatario de los lugares circunvecinos, como hemos observado en II, 56. No es un caso que vuelva aquí la memoria del *locus amoenus* como escenario de una fiesta natural sin dirigismos políticos y secretas intenciones:

Llegó, en esto, el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes que, engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenían dél noticia por su historia. Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron a don Quijote dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz [...]

Es esta la situación típica de los libros caballerescos en donde, al levantar los manteles, se da plazo y lugar a la construcción o representación de un espectáculo. Pero no deja de cumplirse aquí la complejidad del relato cervantino de este singular capítulo. Quizás su mayor compromiso esté en una posible conexión gongorina referida a la *Primera Soledad*. Voy a citar en extenso el pasaje:

Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vio al imprevisto bañarse en las aguas a Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asumpto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y, si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar; porque no es ésta la profesión mía, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa; y, si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas; y porque deis algún crédito a esta mi exageración, ved que os lo promete, por lo menos, don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado a vuestros oídos este nombre.

Tras señalar aquí la referencia a un modelo retórico bien individualizado (*exageración*) que remite a ciertas evoluciones de la poesía del siglo de oro que ya los contemporáneos relacionaban con Góngora, me interesa subrayar que la referencia a Anteón constituye una pieza fundamentalísima en la relativamente limitada expansión mitológica de las *Soledades*. En realidad el peso de la mitología en Góngora no llega a competir ni de lejos con el que le infunde Lope a sus versos y su obra en conjunto. El caso de Anteón es distinto. Su presencia importante y es importante también en relación con la difusión del mito en la iconografía de una larga ilustración temporal. En la *Primera Soledad* en efecto la cita del mito, cuya descendencia ovidiana era muy presente en la memoria del público lector, coincide con la parte final del discurso del político serrano quien ha estado evocando los desastres de la codicia con los consiguientes naufragios y muertes tanto de seres queridos como de fortunas materiales.³⁵ Vale insistir en el hecho que en el pasaje cervantino la conexión se establece

³⁵ Cito de la edición al cuidado de Jammes, 1994. Léase el texto en la selección que nos interesa:

De firmes islas no la inmóvil flota
en aquel mar del Alba te describo,
cuyo número, ya que no lascivo,
por lo bello, agradable y por lo vario
la dulce confusión hacer podía,
que en los blancos estanques del Eurota
la virginal desnuda montería,
haciendo escollos o de mármol pario
o de terso marfil sus miembros bellos,
que pudo bien Acteón perderse en ellos.

con el valor positivo de la experiencia artística para superar “pesadumbre” y “melancolía”. Pero se marca también una diferencia grande. Si el mito a Góngora le sirve para un elogio de aldea y menosprecio del mundo cortesano, don Quijote, cuya inexcusable origen y condición rural le impulsa a alabar la búsqueda de otros mundos, a Cervantes le sirve para remarcar la sorpresa y maravilla delante de lo extraordinariamente bello y sorprendente, como pudo ser el cuerpo de Diana a la vista de Acteón. No se preocupa don Quijote, como hicieron casi todos los artistas que desde la antigüedad dibujaron y pintaron el mito, de la punición del pecado de esa visión no autorizada de la desnudez divina, sino que insiste en la extraordinariedad de lo visto.

Si el capítulo LVIII nos ha dado mucho que ahondar en los vericuetos cervantinos, desde la metanovela hasta la confrontación entre la continuación apócrifa y la fingida, puesto que va saliendo a flote la idea de que el libro de 1615 parece *Segunda Parte*, queriendo en cambio afirmarse como novedad, por su parte el capítulo LVIII no decepciona por falta de indicios sorprendidos. Se empieza con la frase del incipit que resulta bien indicadora de una idea de pareja entre don Quijote y Sancho bastante inédita, pues el Caballero parece haberse olvidado de su radical diferencia con el escudero/criado. La ficción que se había transformado en verdad caracterizadora, ahora se desmiente, proponiendo una aventura en donde ambos protagonistas viven a la par el evento:

Al polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y a Rocinante, los dos asendreados amo y mozo se sentaron.

Poco después la situación se detalla tras compartir Sancho la melancólica inapetencia del amo. Cabe remarcar (cosa que hago insertando el énfasis en su lugar) el dato de ser hombre de papel de don Quijote como justificativo de su alejamiento de la comida, frente a un Sancho que, fiel a la cultura oral (y no a la impresa), come “sin dejar de mascar apriesa” en vista del refrán *Muera Marta, y muera harta*.

-Come, Sancho amigo - dijo don Quijote -, sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y, porque veas que te digo verdad en esto, *considerárame impreso en historias*, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre: muerte la más cruel de las muertes.

El bosque dividido en islas pocas,
fragante productor de aquel aroma
que, traducido mal por el Egipto,
tarde lo encomendó el Nilo a sus bocas,
y ellas más tarde a la gulosa Grecia,
clavo no, espuela sí del apetito,
que cuanto en concocelle tardó Roma
fue templado Catón, casta Lucrecia,
quédese, amigo, en tan inciertos mares,
donde con mi hacienda
del alma se quedó la mejor prenda,
cuya memoria es buitres de pesares.»

Es aquí cuando entran en escena, de pleno, esos “animales inmundos y soaces” que han provocado el apartamiento triste del Caballero y motivado a los críticos en busca de una explicación, siempre insatisfactoria.³⁶ Cabe conectar esta explosión animalésca con la comida que, finalmente, llegando a una venta se les ofrece. La venta, tiene características también novedosas, pues «don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos». En efecto lo único que hay comestible son “dos uñas de vaca” con negación de toda sugerencia diferente.³⁷ Sea como sea, los dos aceptan la cena y:

Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

-Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que trae la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

-¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

-Con todo eso -dijo el don Juan-, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Sin embargo la conversación que se inicia, si bien permite a don Quijote defenderse de las afirmaciones mendaces del libro anónimo y apócrifo, deja espacio a Sancho para que también repique. Final del capítulo designa pues la inversión del camino, abandonando a Zaragoza a favor de Barcelona. La falta de Zaragoza es su mal hablar y peor escribir por cierto y es decretada con tajante afirmación conjunta:

-Por el mismo caso -respondió don Quijote-, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice.

-Hará muy bien -dijo don Jerónimo-; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.

-Así lo pienso hacer -dijo don Quijote-; y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

-Y a mí también -dijo Sancho-: quizá seré bueno para algo.

Con esto se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron a su aposento, dejando a don Juan y a don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura; y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés.

Madrugó don Quijote, y, dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, o la tuviese más proveída.

Importa subrayar que la mezcla de discreción y locura es el dato de confirma a don Juan y su caballero amigo Gerónimo (sobre cuya solidez tampoco podríamos jurar, si hemos escuchado atentos las informaciones del ventero a su respecto³⁸); me importa subrayar la opinión de Lerner en

³⁶ Remito a Romero, 1998: 3-24.

³⁷ Como se anota en la edición de Rico la excelencia del plato viene del *Lazarillo*; naturalmente ya allí se trata de un elogio irónico cuando tras la revelación de Lázaro, el escudero hambriento lo encarece frente al faisán.

³⁸ Cuando la petición de comida y las respuestas evasivas del ventero, sancho aclara la naturaleza de la condición de estos caballeros principales con su pizca de ironía....: «Nadie las tocará -dijo el ventero-, porque otros huéspedes que tengo,

su lectura cuando anota que se trata, como en otros casos, de figuras que pronto desaparecerán de la narración una vez decaiga el motivo fortuito de su comparecencia en un espacio determinado (y cerrado, como en este caso). En el cambio de rumbo y destino, ya no Zaragoza sino Barcelona, para contrastar a las imposturas de Avellaneda, debemos atribuir criterios mayoritariamente descartados o marginalizados. En verdad el comienzo del capítulo LX marca mucho más. Primero encontramos la definición del cambio o ambivalencia retórica. En un lacónico prologuillo Cervantes aclara esta novedad:

Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas o alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele.

Es de extrañar que habiéndose supuesto contrastar con el apócrifo, disintiendo de él y su rumbo, se incida en Cide Hamete como inhábil y un poco torpe, asemejando encinas y alcornoques, pantas opuestas en dignidad y decoro. Los actos siguientes en realidad motivan la confusión, puesto que Sancho no sólo contrasta y arremete en contra de don Quijote («se abrazó con él a brazo partido»), rechazando los azotes que el Caballero algo vilmente pretende asestarle durante el sueño, sino que nada menos justifica su rechazo con distinta “locuras”. Afirmo de entrada que él se considera “señor” de sí mismo; sino que llega a citar el romance de los Infantes de Lara (“aquí morirás, traidor”) aplicándolo al caso. No me detengo en la cuestión de la ruptura de las relaciones de vasallajes, ya estudiada por Avalor Arce y otros, sino que solicito el carácter de anticipo y premisa que puede revestir en víspera del encuentro y valoración del bandolerismo catalán de la época.³⁹ La decepción de la aristocracia montañesa es bien sabido que está en las bases del alejamiento progresivo de Cataluña de la política de la Corona, que empieza así a ser percibida como la lejana “Madrid”, mientras el mismo desengaño cervantino tras la negativa a irse a Nápoles con el virreinato Lemos pudo tener algo que ver con la alusión.⁴⁰ Cervantes, puesta ya al descubierto la patrulla del grupo que está detrás de la maniobra del aragonés Avellaneda, ha dado – esta vez creo que un poco al azar – la clave de un autobiografismo distinto, o más bien opuesto, al de la picaresca. Así él y don Quijote salen a las justas barcelonesas con los Carrasco y Altisidora gigantescos para perder, o sea ganar, el desafío. Y cerrar el libro para siempre y bajo candado.

En la monografía de Riquer (mini solo si pensamos en el número de caracteres), el gran maestro del cervantismo destaca dos aspectos de la inconformidad cervantina que de hecho resaltan el protagonismo directo del escritor tal como ha venido afirmándose justamente en esta serie de cinco que analizamos. Antes de entrar en el detalle de su argumento quisiera subrayar que, con distintas motivaciones y haciendo caso a otra clase de emergencia textual cervantina; ya Lerner en su discurso relativo al capítulo anterior había hecho hincapié en una caracterización muy autorial.⁴¹ Riquer pone en primer plano la extraña conexión entre el episodio inserto del régimen jurídico de la propiedad y de su legitimidad (legitimización frente al principio evangélico y antiguo cristiano de la comunidad de bienes) especialmente en un delantera social (los *bandoleros* de Roca Guinart, o Guinarda, personaje rigurosamente histórico) en cuyo cuerpo abundaban los hugonotes entrados en Cataluña desde Gascona por huir de las persecuciones francesas, y el episodio de la joven Claudia Jerónima acerca de la libertad de la mujer o estatuto de mujer libre, otro tema recurrente en la cultura del tiempo al que Cervantes ha estado y está muy atento. ¿Es posible suponer una conexión entre

de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostaría. -Si por principales va -dijo Sancho-, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos hartamos de bellotas o de nisperos».

³⁹ El tema goza de bibliografía; recuerdo aquí a una nueva línea de investigación inaugurada por Torres y Sans, 1988.

⁴⁰ Cataluña virreinato de cabecera, como la Nápoles pretendida por Osuna; quizás ya esté en este Cervantes (el de de Riquer, 1989) en *nuce* lo que será la traición de 1640 y la alianza con la Francia de Richelieu.

⁴¹ A este propósito quisiera recortar otra aportación de Lerner que creo útil aunque general: cf. Lerner, 1995: 295-310.

ambos motivos? ¿Y cómo se armonizan estas sugerencias y contrastes, ya de por sí inquietantes, con esa progresiva intervención del autor en el texto?

Tal vez nos pueda servir un interesante acercamiento de Javier Blasco a la raíz misma de la ficción cervantina que él sintetiza con la fórmula de la novela como “movilización” de la teoría literaria y de sus debates en el siglo XVI, debates que muy posiblemente traducían preocupaciones generales y teóricas de amplio alcance.⁴² Blasco parte de una interesante argumentación acerca de los modelos que se consideran útiles para trasladar la épica clásica a la narración en prosa moderna. El aspecto intrigante consiste en el contraste entre modelo general y proliferación narrativa. Por un lado está el texto más completo y adecuado, la *Odisea*, con su eje fijo en el protagonista, por el otro, las digresiones, paradas, dudas e incertidumbres, detenciones y distracciones que salpican su viaje. Así se impone su característica primordial, la *dispositio* fundada en la alternancia de un eje principal y de los complementos episódicos. El caso viene a propósito, ya que el episodio/capítulo que comentamos contiene a su vez un eje esencial constituido por la entrada de don Quiote y Sancho en Cataluña y elementos complementarios narrativos y otras cosas. Y es justamente aquí donde la actualización cervantina cobra originalidad y extremosidad. Importa, en efecto, que a lo menos una de las digresiones atañe a libros que son tratados y no novelas o cuentos. Riquer recuerda los principales, en una serie en donde caben Tomás de Aquino y Hobbes, Joan Luis Vives y Tomas Moro. Todas estas referencias se implican en un tema que estuvo al centro de las preocupaciones de los edificadores de la reglas del estado moderno y de su constitución de acuerdo con la doctrina católica, especialmente en comparación con lo que iban afirmándose en monarquías y repúblicas de nuevo cuño. Holanda por un lado, Ginebra por el otro, aplican en efecto recetas de estado a toda vista modernas, con atención especial a la relación entre riqueza general del estado y bienestar particular de los individuos que lo integran.⁴³

Se hace evidente ahora, y casi obvio, que la entrada en Cataluña representa el pórtico del final de la escritura. Y esto por múltiples motivos. El duelo y la derrota de don Quijote, la inversión de la aventura celebrada en el capítulo LXXIV con la muerte el protagonista y su (presunta) conversión con aquella inquietante cita del Evangelio donde la muerte de Jesús es replicada por el hidalgo, ya Caballero de la Locura,⁴⁴ y otros pasos y motivos, entre los cuales reviste un papel extraordinario y categórico la réplica a Avellaneda y su continuación espuria, pero sobre todo el encuentro con la imprenta y la escritura “a lo moderno”, tipográfica. Ya lo ha anotado Francisco Layna:

No se trata de impedir la resurrección del personaje, sino de negar la vuelta de la hoja, el plus ultra del texto, la siguiente línea al punto y final. Lo escrito solo es cuando deja de ser, cuando cesa, cuando es participio pasado. Se dice que es argucia de Cervantes para evitar cualquier iniciativa del espurio continuador. Pero no es eso, o no es solamente eso, pues ya figura en el diseño cervantino antes de la aparición de Avellaneda este definitivo y funerario cierre de puertas.⁴⁵

Pero el capítulo, conclusivo de nuestra selección, merece un análisis más pormenorizado. Cuenta ante todo su extensión: se trata del más extenso de nuestra selección y al número de palabras corresponde la complejidad del conjunto. Su estructura engloba distintas secciones, siendo cada una de ella clara premonición y anticipo del cambio de rumbo y articulación del libro en esta parte última.

⁴² Blasco, 1989: 41-62.

⁴³ Remito a mi libro de inminente publicación, *Literatura y compromiso. Moradas de los Siglos Áureos*.

⁴⁴ «Con esta imaginación se llegó a Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodádolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle a quitar las cintas, que es opinión que no tenía más que la delantera, en que se sustentaban los greguescos; pero, apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: -¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?». Como se anota en la ed. Rico, en las palabras de Sancho pueden estar veladas las de Jesús en Lucas, VIII,45: «Quis est, qui me tetigit».

⁴⁵ Layna Ranz, 2010: 48-73. Otra propuesta perspectiva es la de Mazzocchi, 1995: 581-597.

Se trata de apartados bien organizados y diferenciados. El primero, además de preciso y definido exordio, como si de nuevo libro se tratara, tiene su epicentro en lo retórico. Empieza con la confusión en el plano del decoro, ya que si se abre reprochando a Avellaneda su *mentira*, no evita de poner malparado a Cide Hamete a quien achaca su descuido y confusión en la jerarquía de los géneros. ¿Cómo cabe interpretar este comienzo? Ni fácil ni difícil argumentarlo e interpretarlo. Por un lado nos indica y confirma esa entrada directa de Cervantes entre el tropel de narradores y autores del libro, ya camino de su definitivo aparcamiento en la biblioteca ideal. Por el otro juega entre ironía y auto ironía e introduce al primer escollo del capítulo mismo. Es la disputa entre Sancho y don Quijote acerca de los azotes y el rescate de Dulcinea encantada. El episodio no viene en balde, pues en él se da la rebeldía del escudero (vasallo) en contra del amo y “señor natural”, como a si mismo se define don Quijote. Estamos en Cataluña y en un momento que, sin entrar aun en abierta rebeldía, se dan muestras de disconformidad con las directrices que llegan de la Corte. Esta lectura “política” de la inicial controversia retórica entre autores legítimos e ilegítimos, quedará reforzada dentro de poco con la alusión al sistema virreinal, eje de la controversia entre la interpretación federativa del Imperio y la centralización impulsada por validos y privados del Rey. Las citas del *Romancero* histórico son soportes de esa implantación argumentativa y se establecen en correlación con la frase que motiva la decisión intervencionista de don Quijote:

vengo a suplir tus faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar, Sancho, y a descargar, en parte, la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece; tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad, que la mía es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes.

Podemos interpretar a esa Dulcinea como la España encantada de una crisis que avanza al galope y que avanza por los descuidos de sus sustentadores, los Sanchos apegados a sus intereses individuales y egoístas. El carácter colectivo, en cambio, de esta defensa de sí, lo interpreta muy al estilo de la época, el propio Sancho (ya con experiencia de Gobernador, no se olvide) tras haberse resistido, con la violencia, al señor, a quien puso la zancadilla y oprimió en el suelo, una vez caído:

Ni quito rey, ni pongo rey -respondió Sancho-, sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no, aquí morirás, traidor, enemigo de doña Sancha.

No es de poca monta el hecho que don Quijote acepte la sentencia y renuncie y declare su rendición de acometer o imponer los azotes a Sancho. ¿Son acaso esos azotes representación alegórica de los impuestos, tema de la controversia tal como la conocemos por los anales y relaciones de las Cortes convocadas o cuya convocación es auspiciada o denegada alternativamente? No me atrevo a tanto, si bien el debate en la época estuvo candente, según atestigua una dilatada bibliografía. Ciertamente es, sin embargo, que la interrupción *ex abrupto* del segmento podría determinar recelos acerca de un tan repentino cambio de escenario. Y cabe interrogarse también a propósito de la escena con la cual se pone en efecto la novedad de un distinto contenido. Es Sancho quien divisa la mudanza, y ésta es un espacio de muerte:

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y, yendo a arrimarse a otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y, alzando las manos, topó con dos pies de persona, con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió a otro árbol, y sucedióle lo mismo. Dio voces llamando a don Quijote que le favoreciese. Hízolo así don Quijote, y, preguntándole qué le había sucedido y de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas.

Pero no deja de tener macabra gracia que don Quijote reaccione tranquilizando a Sancho y sacando la consecuencia de encontrarse en proximidad de Barcelona, siendo los cadáveres colgantes de los árboles muestra de vecindad por la famoso y notorio del fenómeno del *bandolerisme*. Que pueda entreverse un lejano parentesco con el episodio de Pier de le Vigne dantesco no puede asegurarse aunque tampoco negarse, si reparamos en el asunto/conjetura que estamos avanzando alrededor de la *contaminatio* entre libros que aquí se nos aglutinan: si los tres Quijotes están presentes, cabe suponer la filigrana del *Primer Quijote* con el episodio de los gigantes monstruosos que parecen palas de molinos. De hecho el paisaje es *introibo* a la llegada de bandoleros vivos que capturan al instante a los dos caminantes incautándoles de inmediato sus pertenencias. Pronto se incorpora el cabecilla Roque quien restablece la ley suya y cierto orden constitucional. No tarda el guerrillero en darse cuenta de la naturaleza de don Quijote y de la dificultad de una explicación racional de la situación. Sin embargo ésta no tarda en llegar de la mano de un súbito, breve y dramático episodio narrativo, nuevamente incrustado, con la aventura de Claudia Jerónima. Es esta la normalidad, una y otra vez expuesta en forma de relato, de alusión, de metáfora. Así una historia sentimental de la tradición de los *novellieri*, protagonizada por dos amantes desdichados con él muerto y ella sepultada viva en un convento, resuelve la posibilidad de dilucidar el entramado de *Nyerros* y *Cadells*. También se aprecia la variación dentro del esquema. Sancho lamenta el trágico final porque le había parecido bien la moza y porque imaginaba hacerse valedor de su amo, encargándole la resolución burlesca de otro caso real, como el de Tosilos y la famosa *doncella*. Pero todo ha tenido su epicentro teatral (el núcleo tiene puntos de contacto con la leyenda veronesa que inspiró a Shakespeare su *Romeo and Juliet*) en la escena inicial con la irrupción de la mujer vestida de hombre en abierta contradicción con los bandoleros colgados en los árboles, muertos, y los escondidos en el bosque, vivos. Y, justo interrumpiendo los parabienes de Roque y don Quijote, otra vez la novedad hace su ganancia de la atención ya definitivamente atraída, corrompida y adicta a lo efímero y percedero:

Ya le iba a dar las gracias don Quijote, cuando sintieron a sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino un solo, sobre el cual venía a toda furia un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, greguescos y saltaembarca, con sombrero terciado, a la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza y vio esta hermosa figura.

Edad, atuendo, gallardía reforzada por las armas y valor de la cabalgadura, ligera así como poderosa, ponen en muestra una presencia inquietante. Pronto veremos que se trata de un representante de la nobleza sin cargo si no son de los sentimientos más puros y tradicionales, como el amor entre dos jóvenes bellos, hombre y mujer distinguidos, quien acude al llamamiento de un delincuente para implorar su arbitraje en un desquite gentilicio. Ahora podemos entender el sentido último de la incrustación de narrativa sentimental protagonizada por una de las últimas mujeres y doncellas jóvenes y bellas diseminadas a lo largo de la novela, Claudia Jerónima; tanto ella como su malogrado esposo representan graciosamente a una sociedad civil elegante y heredera de valores y culturas cortesanías y renacentistas como modas y hábitos confirman. Pero este mundo está ya comprometido, secuestrado por la nueva violencia que enfrenta la sociedad y el estado, los estados y el monarca. Y, al final, en postrera instancia entre el derecho y la justicia frente a la fuerza de las leyes y la ley de la fuerza.

Vuelven a escribirse cartas, en muchos aspectos desatinadas y falsas, y esta vez le toca a ese temible e increíble Roque, personajes estabilizador al mismo tiempo que anunciador del epílogo del libro. Si la carta escrita en Sierra Morena por don Quijote loco y desasido del mundo civil, y refugiado en el monte, que se convierte en su escapatoria de la persecución de la Santa Hermandad, quedó confiada en manos y memoria de Sancho Panza, ahora que la realidad vuelve a hacerse historia, como en los exordios de la narración caballerescas, queda en manos de un forajido disfrazado de labrador:

Apartóse Roque a una parte y escribió una carta a un su amigo, a Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían; y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y a su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios, pero que esto era imposible, a causa que las locuras y discreciones de don Quijote y los donaires de su escudero Sancho Panza no podían dejar de dar gusto general a todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que, mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona y la dio a quien iba.

La escritura circular ha producido otro de sus resortes maravillosos, y don Quijote llega a Barcelona y a su ocaso definitivo precedido por misivas anunciadoras. Una proclama de papel para un héroe de papel. Tras un capítulo entremesil, con el LXII ya estaremos en la réplica más certera de todas las cuevas: la imprenta.

Obras citadas

- Alarcos Martínez, Miguel. *Virgilio y su reelaboración cervantina en el Persiles. Hacia una aproximación inmanente*. Pontevedra: Editorial Academia del Hispanismo, 2014.
- . *Las convenciones del género grecobizantino y el ideal heroico de hermosura en el Persiles. Hacia el sentido último de la novela*. Vigo: Editorial Academia del Hispanismo, 2014.
- Argensola, Bartolomé Leonardo de. *Conquista de las Islas Molucas* (Madrid, 1609). Madrid: Ediciones Polifemo, 1992.
- Blasco, Javier. "... 'Y los demás que contiene son episodios' (La fábula y los episodios del *Quijote*)". *Castilla. Estudios de Literatura* 18 (1993): 19-40.
- . "La compartida responsabilidad de la 'escritura desatada' del *Quijote*". *Criticón* 46 (1989): 41-62.
- Canavaggio, Jean. Reseña a Francisco Rico. *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. *Criticón* 99 (2007): 243-251.
- Cátedra, Pedro M. *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*. Madrid: Abada Editores, 2007.
- Cervantes, Miguel de. Francisco Rico ed. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004.
- Fernández de Avellaneda, Alonso. Luis Gómez Canseco Alonso ed. *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia-Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2014.
- Grilli, Giuseppe. *La cultura: esencia de la literatura áurea*. En preparación.
- . *Literatura y compromiso. Moradas de los Siglos Áureos*. En prensa.
- . "Cervantes de senectute. Entre el Quijote y el Persiles". *Anuario de Estudios Cervantinos* 11 (2015) [*El pensamiento literario del último Cervantes: del Parnaso al Persiles*]: 161-177.
- . "Ritorni a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Intensificación e hiperbolización." *Rassegna iberistica* 103 (2015): 115-122.
- . *Dal Tirant al Quijote*. Roma: Aracne, 2014.
- . "Quijote, II, 1-3: La alternativa cervantina al libro del hidalgo." *eHumanista/Cervantes* 1 (2012): 198-210.
- . *Sobre el primer Quijote*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2007.
- . "La corte de los duques 'Quijote', II, 30-33 (al fondo de 'Tirante', el palacio de Constantinopla y sus fiestas)." *Edad de Oro XV* (1996): 41-62.
- Grilli, Giuseppe, & Daniela Natale, *La cultura como clave de la literatura aurea*. "Dialogoi-Ispanistica." Roma: Aracne, 2013.
- Godoy Gallardo, Eduardo. "«... Enredado en unas redes de hilo verde...». El capítulo 58 de la Segunda Parte del Quijote: su importancia estructural y temática". En Melchora Romanos, Alicia Parodi, Juan Diego Vila eds. *Para leer a Cervantes: estudios de literatura española Siglo de Oro*. Buenos Aires: Eudeba, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso", 1999. I, 49-58.
- Góngora, Luis de. Robert Jammes ed. *Soledades*. Madrid: Castalia, Clásicos, 1994.
- Guillén, Claudio. *El primer siglo de oro. Estudios de géneros y modelos*. Barcelona: Crítica, 1988.
- Layna Ranz, Francisco. "Todo es morir, y acabóse la obra: Las muertes de don Quijote". *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 30.2 (2010): 48-73.
- Lerner, Isaías. "El *Quijote* y la construcción de la lengua literaria áurea". *Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos. 1995. 295-310.
- Mancing, Howard. "Cervantes as Narrador of Quijote". *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* 23.1 (2003): 117-40.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Trabajos y días cervantinos*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995.

- Martín Jiménez, Alfonso. *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y “Avellaneda”*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- . *Cervantes y Pasamonte: la réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004;
- . *Las dos segundas partes del «Quijote»*. Valladolid: Universidad, 2014.
<http://uvadoc.uva.es/browse?type=author&value=Universidad+de+Valladolid.+Facultad+de+Filosof%C3%ADa+y+Letras>
- Mazzocchi, Giuseppe. “Una religiosità per il laico: 'Quijote', II, 58”. En *Atti della VI Giornata Cervantina (Padova, 17-18 aprile 1998)*. Padova: Unipress, 2000. 163-177.
- . “La morte di don Chisciotte e le artes bene moriendi”. *Il Confronto Letterario* 12 (1995): 581-597.
- Montero Reguera, José. *El “Quijote” y la crítica contemporánea*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos 1997.
- Pedraza, Felipe. *El Quijote en la controversia literaria del barroco*. Ciudad Real: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005.
- Rico, Francisco. *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*. Barcelona/Valladolid: Ediciones Destino/Centro para la Edición de los Clásicos Españoles y Universidad de Valladolid, 2005.
- Riley, Edward. *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*. Barcelona: Crítica, 2001.
- Riquer, Martín de. *Cavalleria. Fra realtà e letteratura nel Quattrocento*. “Dialogoi-Medievalia”. Roma: Aracne, 2014.
- . *Cervantes en Barcelona*. Barcelona: Sirmio, 1989.
- Rodríguez, Juan Carlos. *El escritor que compr  su propio libro. Para leer el “Quijote”*. Barcelona: Debate, 2003.
- Rodríguez de Lena, Pedro y Pineda Juan de. *Suero de Quiñones*. Valladolid: Editorial Maxtor, 2008.
- Romero, Carlos. “Animales inmundos y soeces (Quijote II, 58-58y 68).” *Rassegna Iberistica* 98 (1998): 3-24.
- Samson, Alexander. “Discurso heroico, aspiración imperialista y el mundo mediterráneo en la obra de Cervantes”. *Actas del VII Congreso de la AISO*. Cambridge, 2006. 557-562.
- San José Lera, Javier coord. *Praestans labore Victor: homenaje al profesor Víctor García de La Concha*. Salamanca: Universidad, 2005. 95-118.
- Sánchez Pons, Jean-Néel. “Misión y dimisión. Las Molucas en el siglo XVII entre jesuitas portugueses y españoles”. En Alexandre Coello de la Rosa, Javier Burrieza Sánchez, Doris Moreno eds. *Los jesuitas en imperios de ultramar: Siglos XVI-XX*. Madrid: Silex, 2012. 81-102.
- Ser s, Guillermo. “La delirante virtus del ingenioso hidalgo”. *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* 81 (2005): 637-685.
- Torres y Sans, Xavier. *Nyeros i cadells: bandols i bandolerisme a la Catalunya de L’Antic R gim (1590-1640)*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 1988.
- Pasamonte, Jerónimo de. José  ngel Sánchez Ib n ez y Alfonso Martín Jiménez eds. *Vida y trabajos*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2015.
<http://www.cervantesvirtual.com/obra/vida-y-trabajos>.
- Weinrich, Harald. *Das Ingenium Don Quijotes. Ein Beitrag zur literarischen Charakterkunde*. Münster: Aschendorfsche, 1956.